

EL PELIGRO DE LEER
Stella Cinzone

El título de las palabras de apertura de esta noche quiere señalar una dirección, lo cual no quiere decir ni elección de temas, ni contenidos, sólo una dirección, un horizonte para nuestro trabajo. Buenas noches:

Bienvenidos al inicio de un nuevo año de trabajo. Celebramos esta noche el comienzo del cuarto año de existencia de Sendas. Fueron cuatro años de mucho esfuerzo, obstinaciones y vacilaciones. Pero también de convicciones, evaluaciones concienzudas y de apuestas. Es decir, tomamos algunos riesgos.

Como sabemos, no hay modo de alcanzar la verdad sino por el error, y sabemos también que con lo que nos encontramos es con una verdad escasa, fragmentaria, una verdad que cuando creemos haberla hallado se nos escurre entre los dedos. Nos queda, así y todo, lo que hacemos. De esa mera certidumbre tenemos que sostenernos. Mal, por supuesto, porque conlleva la incertidumbre inherente a cualquier hacer, incertidumbre que nos divide, pero sin la cual no hay manera de constituir un camino. Es observación cotidiana que quien quiere asegurarse de sus pasos, no puede andar.

Nosotros decidimos andar, dejando en el trayecto las marcas de nuestras dudas, incertidumbres, de nuestra ignorancia y desconocimiento. Pero también de algunas certezas y de algunos saberes. Las marcas de nuestras transferencias y de nuestras lecturas, de nuestro trabajo cotidiano en el consultorio, en los servicios hospitalarios, en las aulas.

En todos esos lugares en los que ha echado raíces el Psicoanálisis y hemos amarrado los psicoanalistas.

La difusión del Psicoanálisis en Argentina - pero no sólo la difusión un tanto consternante-, sino la seriedad y la pasión con que se lo ha abordado, la profundidad y la ética con que se lo ha estudiado y practicado, es un fenómeno destacable que sorprende a propios y extraños. Algunos de los mejores psicoanalistas actuales son argentinos.

Con “mejores” quiero decir aquellos de los que se puede esperar que sostengan la dificultad y las dificultades del psicoanálisis y, con ello, su posibilidad de progreso.

Alguna vez habrá que revisar la historia del psicoanálisis lacaniano en Argentina. Alguna vez tendremos que hablar de ello quienes fuimos determinados por las condiciones históricas, políticas y culturales de los años setenta, pero no sólo de los setenta, sino de ahí en adelante, y de cuya intrincada discursividad somos el legado y los herederos.

Hemos incidido – yo diría de un modo decisivo y que ya no es soslayable- en la peculiar configuración cultural de éste, nuestro extraño país, que trata no sólo de sobrevivir, sino de existir dignamente en el sur del mundo. Un país despoblado y macrocefálico, que no estuvo ni está exento de adherir a las ideologías más recalcitrantes, que ha apoyado dictaduras y es proclive a la segregación del vecino, pero que al mismo tiempo es capaz de buscar tenazmente apropiarse de los mayores refinamientos del pensamiento mundial.

Sus habitantes estamos -a la fuerza- acostumbrados a lo imprevisto y a la improvisación, al peligro y al caos. Tuvimos que sobrevivir, no sólo al terrorismo de estado, a la suspensión de los más elementales derechos y garantías, sino a muchas otras barbaries. Durante tres décadas en las cuales el país fue abatido por la muerte, la pobreza, la traición, la manipulación, el desprecio hacia el valor del trabajo, la educación y la cultura, el arrasamiento de los valores éticos y morales en la vida cotidiana y en la relación con los semejantes. Durante esas tres décadas de nuestra historia, se produjo de un modo absolutamente imprevisible, y de alcances sorprendentes, el arraigo y la difusión del psicoanálisis lacaniano en estas playas.

En aquellos comienzos, quienes fuimos contemporáneos de aquel tiempo histórico, abordamos el Psicoanálisis sin saber muy bien lo que hacíamos ni tener mucha idea respecto de dónde estábamos ingresando. La introducción en su práctica y en su teoría, que supuso la lectura y el trabajo de textos extraños, difíciles, hubimos de hacerlo por fuera de toda y cualquier institución oficial (tanto de la APA como de la Universidad).

Sin ninguna garantía institucional, nos sostuvimos de un discurso al que le suponíamos alguna verdad. Pero no sólo eso. Nuestras dificultades en aquel tiempo iban desde graves problemas, tal como la ilegalidad de nuestra práctica (la práctica del psicoanálisis era ilegal para quienes no éramos médicos y estaba penada), hasta pequeñas-grandes miserias cotidianas. Había empezado un plan sistemático de destrucción económica y cultural de nuestro país. Los libros no abundaban, estaban censurados, no se editaban, ni se alentaba su importación. También escaseaba, para los jóvenes, el dinero para comprarlos.

Algún día deberemos contar los detalles.

Sin embargo, apropiarnos de una práctica que estaba prohibida y hasta penada, practicar el Psicoanálisis, a pesar de todo, y fatigar unos textos que no podíamos entender significó, para nuestra generación – los más viejos que acá estamos- un reducto de resistencia intelectual y subjetiva.

Mientras lo estudiábamos y lo practicábamos. Mientras disfrutábamos de la prosa freudiana dejándonos interpretar por sus

textos, mientras nos dejábamos cautivar por la potencia del discurso de Lacan y tratábamos de entender sus enunciados, estudiábamos lingüística, retórica, filosofía, matemática. Nos encontrábamos con la inteligencia de Levy Strauss, de Barthes, de Foucault, leíamos sus referencias... Mientras hacíamos eso, ¿Qué hacíamos?...

Tratábamos de asistir, participar de un diálogo que en sus condiciones y orígenes fácticos no era nuestro, que se desplegaba en otra geografía, en un país y un continente que no era el nuestro, en un tiempo que no era el nuestro, y que si lo comparábamos con nuestras condiciones sociales y políticas podía llegar a parecer otro planeta. Se trataba del diálogo que Lacan sostenía con Freud, por un lado, y con sus contemporáneos, por otro. Pero verdaderamente eso resultó ser lo de menos, porque si bien el que escribe dialoga con algunos, hay –hubo– un lugar para nosotros en los textos, acaso el mejor al que se puede aspirar, el lugar del lector. Pudimos ser lectores y, diciendo lo que leíamos, hablando de lo que leíamos, sin estar seguros de entender, ese diálogo de otros fue haciéndose nuestro, y con eso armamos nuestro propio diálogo. Nos metimos allí por las ganas de mantener vivos nuestro deseo y nuestra inteligencia, cuando políticamente todo estaba organizado para aplastarlos.

El Psicoanálisis –decía hace un momento– fue un modo de resistencia, intelectual y subjetivo. Los psicoanalistas sabemos que la resistencia no es detención del movimiento, sino que es lo que permite que haya movimiento e indica su rumbo. Y nos movimos. A pesar de todo. Nos movíamos. Y de ese movimiento fueron quedando marcas, sendas.

Las sendas no son sólo las marcas que hemos ido dejando, sin saberlo, de nuestros recorridos, los caminos que hemos abierto en la espesura del desconocimiento. Las Sendas son, por un lado, esas marcas que ahora, mirando hacia atrás, podemos reconocer que nos condujeron –ellas– al punto donde estamos, sin sospecharlo. En la contemporaneidad de aquel presente en el que ocurría el movimiento, no sabíamos a dónde íbamos. Pero sabíamos que queríamos andar.

Y, como dice Walter Benjamin, refiriéndose a la posibilidad de cognoscibilidad del presente: “En él, la verdad está cargada de tiempo hasta explotar. (Esta explosión, y ninguna otra es la muerte de la intención, que coincide con el nacimiento del verdadero tiempo histórico, el tiempo de la verdad”.

Pensamos, sin duda, que la difusión de Lacan en Argentina, llevada a cabo por la fruición de ese intelectual, llamado Oscar Masotta, formado en el inquieto clima cultural de la década de los sesenta, cuando todo estaba a mano: el estructuralismo, la historieta, el cine, el pop art, el marxismo, el existencialismo... Unos papeles mecanografiados en francés del seminario 5 cayeron en sus manos de las manos de Pichon Riviere (que no los había leído) y ahí comenzó, sin ninguna duda, en aquel presente en el que explotaba una verdad cuyas consecuencias habremos de recoger ahora, comenzaba entonces, digo, un tiempo histórico: el del lacanismo en la Argentina, que desbordó completamente cualquier “intención” consabida por los protagonistas de aquellos años.

En segundo lugar las sendas son, como dijimos, caminos abiertos para que cualquiera pueda usarlos y agregar su paso a los nuestros.

¿Por qué esta escueta referencia a la historia del psicoanálisis lacaniano en argentina que compromete tan de cerca la historia de las vidas de nuestra generación? Porque queremos transmitir esto de lo que estamos hechos. La historia no es un mero relato -quién mejor que un psicoanalista puede decirlo, ya que debe sostenerlo día a día. La historia es la materia de la que estamos hechos. Es el discurso que nos produce y que está armado - como nos enseñó Freud- de determinación y contingencia. Sin duda, cada generación quiere contar su historia. La construye en un des-tiempo, porque esa historia nunca es contemporánea, tiene que pasar tiempo para que los que hemos sido producidos por los acontecimientos, podamos volver a ellos y encararlos, ya constituidos como tiempo histórico. En el presente, la verdad está llena de tiempo hasta explotar. Pero el presente no puede sino tender las mallas de la verdad hacia el futuro.

Este presente, en el que estamos, es el futuro de aquel presente, el de los años setenta, pero también es el futuro de muchos otros presentes, del tiempo que ha transcurrido hasta traernos, como una marea, hasta aquí. Es también el futuro de aquel presente de hace cuatro años, cuando algunos de los que estamos aquí empezábamos otro camino sin saber a dónde nos conduciría.

Se trata de jerarquizar la historia. Y no sólo la historia de cada uno. Sino también la historia política y cultural, la historia con la cual se imbrica hasta no poder diferenciarse nuestra propia historia y que comprende también la de nuestra participación en la constitución de lo que es ahora el Psicoanálisis. ¿Qué es ahora el Psicoanálisis? ¿Qué es ahora el Psicoanálisis en el país, en el mundo?

Parfraseando a Benjamin digamos que, en tanto presente, explota de una verdad que no será nunca recubierta por el saber ni por la reflexión. Lo sabemos. Pero aunque sepamos esto, estamos éticamente obligados a pensar el lugar en el que estamos, el lugar que construimos y del que somos efecto.

Es nuestra responsabilidad. Ni Freud ni Lacan, que son nuestras referencias más respetadas, se conformaron nunca con el Psicoanálisis en intensión (para tomar la distinción que la inventiva de Lacan popularizó). Tomaron bajo su responsabilidad el necesario progreso del discurso, lo hicieron generando los recursos retóricos y teóricos, lo hicieron en la polémica, la revisión y la discusión no sólo con otros discursos sino fundamentalmente con los sentidos congelados y consagrados por los demás y por ellos mismos, en el interior del psicoanálisis mismo. Eso es psicoanálisis en extensión, y no sólo las cuestiones institucionales, tal como a veces se sostiene.

¿Qué cosa llevó a Freud a conmocionar hasta un punto inquietante todo el sistema que tanto le había costado construir,

introduciendo la pulsión de muerte, por ejemplo, cuando nadie reclamaba su existencia ni su necesidad teórica?

Qué cosa sino la necesidad de no rehusarse a poner su propio discurso bajo riesgo. El riesgo de pensarlo a partir de un punto de consecuencia de su fidelidad a la verdad, que lo había producido. Y había que poder desdecirse en esas épocas en que todos querían tirar el psicoanálisis a los perros.

Lo vemos a Lacan, dividiéndose, cuando dice “yo jamás he dicho esto” cuando todos somos testigos de que lo ha dicho y sostenido más de una vez. Se divide para sostener las diferencias con su propia palabra y con lo que su palabra ha producido en la comunidad analítica que lo sigue.

Decíamos que la historia es la materia de la que estamos hechos como sujetos – o sea, la interpretación de la historia, su construcción. Pero también la historia es el rastro que va dejando lo que hacemos. Debemos tener en cuenta ambas direcciones del movimiento: del discurso al sujeto y del acto del que resulta un sujeto, al discurso.

Y debemos hacernos responsables de esas marcas, caminos, de las sendas; porque para el psicoanálisis el sujeto debe responder precisamente de lo que lo determina. Con qué se hace la historia sino con las marcas de esa determinación, respondiendo por ellas como se pueda.

Es nuestra obligación leer a Freud y a Lacan. Es nuestra obligación entenderlos, valorar el alcance de sus discursos, generar nuestra propia lectura y nuestros posibles disensos.

Es nuestra obligación sostener nuestra práctica de todos los días en el consultorio en el marco de la ética del Psicoanálisis.

Es también nuestra obligación proveernos de los recursos para formalizarla y para poder transmitirla. Es, por supuesto, una obligación a la que nadie nos obliga; es decir, es la exigencia a la que elegimos responder.

De tomarnos en serio esta obligación, que será transmitida a las nuevas generaciones, depende ni más ni menos que el futuro del Psicoanálisis, un futuro cuya verdad explota en este presente en el que vivimos un poco aturdidos, confundidos y hasta perdidos.

Diversas éticas (filosóficas, religiosas, políticas) han propuesto divisas con el objetivo de intervenir, o sea, interrumpir el circuito del odio y la destructividad que inevitablemente nos genera el prójimo. Freud nos enseñó que el amor al prójimo es un mandamiento imposible, lo cual no quiere decir que no pueda intervenir alguna regulación ética en la relación con el semejante. Toda institución tiene el deber de encontrarla, partiendo de un acuerdo primero: que la ética tiene trato con la verdad – lo cual por supuesto es muy distinto de las razones de cada quien.

Pero también tenemos el deber de plantear una relación ética – o sea, que tenga trato con la verdad- con los textos, o sea, el acto de leer. Para poder leer es necesario transitar ese momento, como dice Benjamin, crítico, peligroso, que está en el fundamento de todo leer.

Quizá, después de treinta años, asistimos a problemas diferentes. Ahora no tenemos problemas para conseguir los libros. Desde que el negocio editorial ha tomado las dimensiones de cualquier negocio globalizado, los libros se publican en múltiples ediciones, ilustrados, anotados, revisados, establecidos... Pero, la pregunta es inevitable, ¿Se leen?

Estamos en un tiempo histórico distinto, nos enfrentamos con un problema distinto. La impresionante difusión del psicoanálisis, especialmente en Buenos Aires, aunque no sólo, ha producido efectos de todo tipo. Parte de nuestra tarea será tratar de situarlos. Situar la borradura de la marca para suponerle un sujeto.

Uno de esos efectos ha sido la estandarización del discurso freudiano y lacaniano. El otro es un efecto subjetivo un tanto inquietante. Me gustaría decirlo así: creemos saber. Esta creencia va en el sentido opuesto al de querer saber.

Incomprensiblemente – pero ya es hora de registrarlo y discutirlo- la proliferación del discurso psicoanalítico ha producido una especie de anorexia respecto de la lectura.

¿Qué quiere decir leer? Leer es atrapar lo extraño, lo diferente, lo irregular de un texto, es relacionarse con el vacío que lo habita. Estoy segura que si en este momento nos preguntáramos, por ejemplo, qué es lo real, todos nos precipitaríamos a dar respuestas: diremos que es lo que no se deja significantizar, es lo que no cesa de no escribirse, es la no relación sexual... ¿Pero esto, qué quiere decir? O sea, ¿qué nos dice? ¿Qué nos dice eso... a nosotros... ahora?

Porque este ya no es el tiempo en el que Lacan decía y escribía esos enunciados -que en aquel momento trataban de sacudir las orejas de sus contemporáneos. Ahora esos enunciados han sido domesticados por la reiteración. Pero, por eso mismo, ¿no corremos el riesgo de que hayan perdido toda y cualquier consecuencia?

Entonces, esta es la dirección que proponemos para nuestro trabajo de este año, de la que hablaba al comienzo al referirme al título de estas palabras de apertura. Se trata de recuperar el peligro de leer.

Bueno. Como vemos, hay mucho para formular, mucho por recorrer. Mucho trabajo por delante. Hoy. Recomenzamos. Continuamos.

20 de marzo de 2007